

RAFFASOFIA

para encontrar
LA FELICITÀ-TÀ-TÀ

MARINA VISENTIN



LIBROS CÚPULA

MARINA VISENTIN

RAFFASOFIA
para encontrar
LA FELICITÀ-TÀ-TÀ

TRADUCCIÓN DE CHIARA GIORDANO
Y JAVIER PASCUAL ECHALECU

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70a / 93 272 04 47.

Publicado originalmente en 2021 por Libreria Pienogiorno (FullDay Srl) bajo el título *Raffasofia. Per trovare la felicità-tà-tà (l'accento sulla A)*

© FullDay srl, 2021

© de la traducción: Chiara Giordano y Javier Pascual Echalecu, 2022

© de las ilustraciones de interior y de cubierta: Sergio Mora, 2022

Primera edición: junio de 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2968-5

Depósito legal: B. 5.663-2022

Impresor: Liberdúplex

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

1. Una revolución de puntillas	13
2. Qué linda fiesta, qué espléndida fiesta	25
3. Para hacer bien el amor hay que venir al sur	35
4. La manzana ya no es un fruto prohibido	49
5. Y, sin embargo, me pregunto por qué	59
6. En el amor todo es empezar	69
7. Hay otra vida para ti	81
8. Bailo, bailo, bailo, me invento un paso	97
9. Mejor una caída que no intentarlo nunca	111
10. Vive la vida	125
11. Vuela más alto que las gaviotas	137
12. Busca, busca, búscate a ti mismo	147
13. En la luz se esconden las miradas	157
14. Y una extraña locura	171
15. Felicità-tà-tà (con acento en la a)	181



UNA REVOLUCIÓN DE PUNTILLAS

*Bailo, bailo, bailo a cada momento.
Bailo, bailo, bailo, lo siento dentro.*

A ritmo de danza, bailando, bailando: así es como Raffaella Carrà conquistó el mundo e hizo su revolución.

*Salto, salto, salto, de nota en nota.
Bailo, bailo, bailo, me vuelvo loca.*

Estamos en 1982 y Raffaella canta en la cabecera de la tercera edición de *Fantastico* (uno de los mayores éxitos de toda la historia de los programas de entretenimiento, con una media de 22 millones de espectadores, que en el último día llegaron a ser 27 millones). Baila hasta quedarse sin aliento, baila «sin parar, sin parar, ¡sin parar!», baila porque la «fatiga pasará, pasará, ¡pasará!».

«Si no puedo bailar, no es mi revolución», resumió, brillantemente a principios del siglo xx, Emma Goldman, anarquista y feminista estadounidense, adalid en la lucha por la emancipación de las mujeres. Una idea que, sin duda, la Carrà habría abrazado incluso por aquel entonces.

Tal es la filosofía de Raffaella Carrà, su idea de una revolución dulce y bailada, sonriente, de puntillas, delicada, pero no por eso menos radical. Una idea de revolución que empieza desde dentro, que cambia la mentalidad de la gente antes de cambiar la forma de gobierno o el ejercicio del poder.

Es la misma noción de cambio que invoca en voz baja Tiziano Terzani en una de sus últimas obras: «Solo una gran revolución interior podrá cambiar las cosas, visto que las revoluciones que vienen de fuera apenas han cambiado nada». Y en el mismo sentido resuenan también las palabras de un mito universal de la rebelión como Che Guevara, que, aunque decidió empuñar las armas en un intento (tristemente fallido) de cambiar el mundo, dejó escrito: «La verdadera revolución ha de empezar por nosotros mismos». ¿Y no es esta otra forma de expresar el eterno mensaje del Mahatma Gandhi: «Sé el cambio que quieres ver en el mundo»?

En el fondo, eso fue justamente lo que hizo Raffaella: encarnar el cambio que quería ver en el mundo. Empezando por *su* mundo —aquella Italia mojigata donde nació y creció— y *su* cuerpo de mujer, que reivindica el derecho a la autonomía —aquel ombligo convertido en bandera de libertad y emancipación—. Y comenzó a hacerlo una noche de otoño de hace más de cincuenta años.

Sí, porque el fenómeno Carrà tiene una fecha de comienzo bastante exacta: el 10 de octubre de 1970. Es el primer programa de la octava edición de *Canzonissima*, la competición de canto retransmitida junto con la lotería de fin de año desde el Teatro delle Vittorie de Roma. El concurso lo presentan un Corrado ya entrado en años, rostro conocido y tranquilizador, perfecta encarnación de una idea tal vez algo paternalista de lo que la Radiotelevisione Italiana (RAI) debía ofrecer por aquel entonces a los italianos, y una joven Raffaella Carrà, que acababa de cosechar cierto éxito con *Io, Agata e tu*, un *show* presentado por el dúo de la época: Nino Ferrer y Nino Taranto.

El nombre del programa se inspiraba en una famosa canción —«Agata, tú me entiendes, Agata, / tú me engañas, Agata, / mírame, date cuenta, / este hombre se ha roto por ti»—, interpretada en un primer momento por Taranto, el mayor de los dos, pero convertida en un éxito por el joven Ferrer.

El experimento tuvo una vida bastante corta: solo cuatro programas emitidos entre marzo y abril de ese mismo año, 1970, pero que fueron suficientes para que Raffaella se diera a conocer y empezara a gustar. Y para que a alguien se le pasara por la cabeza la idea de confiarle justo a ella la presentación de *Canzonissima*, o sea, del que para todos los italianos era el acontecimiento principal de la parrilla del sábado noche.

Muchos años después, hablando de aquel antiguo programa, Raffaella declarará: «Con *Io, Agata e tu* estalló la bomba de energía que llevaba dentro. Mi propósito no era gustar como mujer, eso no me interesaba demasiado... Lo que quería saber era si aquello en lo que yo creía, si bailando y cantando con los cabellos al viento, libre de todas las lacas que se utilizaban en aquel entonces, libre, libre y con toda la fuerza que tenía dentro, gustaría al público. Y la respuesta fue que sí».

Raffaella Maria Roberta Pelloni nace el 18 de junio de 1943. En 1970 tiene veintisiete años, pero ya cuenta con una larga historia a sus espaldas. Su primera aparición cinematográfica es de 1952 —siendo todavía una niña—, en *Tormento del pasado*, de Mario Bonnard, un mediocre melodrama disfrazado de película de gánsters. Luego alterna teatro y radio, cine y televisión, y encuentra tiempo incluso para cambiarse de nombre. Es el director y guionista Dante Guardamagna quien acuña para ella el seudónimo con el que se hará famosa. Siendo un amante del arte, le sugiere conservar el nombre de Raffaella, en honor de Rafael Sanzio, pero asociándolo al apellido Carrà, como el pintor Carlo Carrà, abandonando así a su suerte aquel Pelloni que podía recordar al bandido Stefano

Pelloni (el famoso Passator Cortese):¹ una asociación desde luego muy poco halagadora para la futura anfitriona de la casa de la RAI.

Entre las numerosas experiencias de estos primeros años, Raffaella no se priva de participar en una producción de Hollywood, y lo hace con un maestro de excepción: Frank Sinatra, que viaja a Italia en el papel del coronel Von Ryan, protagonista del homónimo largometraje dirigido por Mark Robson, un hábil profesional aquí algo distraído e ineficaz, como si la presencia del divo italoestadounidense bastara por sí sola para justificar toda la operación.

En todo caso, quizá a Sinatra le hubiera gustado convertirse en algo más que la pareja de plató de la jovencísima Raffaella. A modo de obsequio, le hace llegar al camerino un carísimo collar de perlas con un broche de esmeraldas. Pero ella dice: «¡No, gracias!». Tiene proyectos más interesantes que dejarse seducir por la Voz.

Años después, en una entrevista, contará: «Iba con unos guardaespaldas que no me gustaban nada. No quería sentirme “la muñeca del jefe”». Sin embargo, no es fácil rechazar el regalo de Sinatra, los productores temen que el divo pueda ofenderse y la Carrà, que ya se ha convertido en toda una maestra en el arte de llevar adelante ideas revolucionarias sin perder la sonrisa, termina aceptándolo. Aunque luego, en vez de colgarse el collar o guardarlo en la caja fuerte, se lo deja «olvidado» en un estante de la habitación del hotel de Roma donde se aloja, confiando en que desaparezca. Cosa que, evidentemente, ocurrió. Ella nunca se arrepentirá. «Él tenía ganas de enamorarse; yo no —repetirá en más de una ocasión—. Pero fue todo un caballero...»

Pero volvamos a aquella noche de octubre de 1970. Empieza la sintonía «Oh, qué música, maestro», y desde la oscuridad del

1. Stefano Pelloni (1824-1851), ascendido a mito como Passator Cortese, fue un bandolero considerado una especie de Robin Hood de la Romaña. (*N. de los T.*)

Teatro delle Vittorie aparecen primero un loro en su percha; luego, la platea llena de espectadores, y, finalmente, ella, Raffaella Carrà, que entona:

*Qué linda fiesta.
 Qué espléndida fiesta
 vamos a presenciar.
 Oh, qué música, qué música,
 ¡qué música, maestro!
 Con ella todos juntos volvemos a cantar.*

Toda vestida de blanco, con unos pantalones de campana de cintura baja y un top corto de cuello alto, el ombligo al aire, una melena bob de color rubio platino y una gran sonrisa, canta y baila con una energía inagotable un himno a la alegría de vivir, a la levedad y a la felicidad, destinado a entrar de inmediato en la lista de las canciones más escuchadas y a encabezarla durante meses. Es el primero de una larguísima serie de éxitos: a lo largo de su carrera, Raffaella vendió 60 millones de discos en todo el mundo.

El ombligo está en primer plano, lo que desde luego no pasa desapercibido en la Italia puritana de aquellos años, pero el éxito de la joven presentadora es tan arrollador que, en los pisos altos de Viale Mazzini, sede histórica de la RAI, deciden no darse por enterados. Y así, la revolución a lo Carrà da sus primeros pasos. De puntillas. Dulce, dulce, dulcemente...

Raffaella representa el empuje de lo nuevo, propone una libertad inédita para la época, es irremediabilmente escandalosa. Pero ella, décadas después, recordando aquel momento decisivo, le quita importancia: «Me acercaron un figurín. Llevaba pantalones blancos, un pequeño top y el ombligo al descubierto. Cuando iba de vacaciones a la playa me vestía más o menos así, con pantalones cortos. ¿Dónde estaba el escándalo? ¿Dónde de la provocación?».

Raffaella tiene razón, claro: en la playa, de vacaciones, las chicas se visten así. Pero no en la pequeña pantalla de la democristiana televisión pública, que se toma tan en serio su misión educadora, perfectamente alineada con una tradición patriarcal y clerical propensa a controlar a las mujeres y reprimir su libertad. No en la RAI.

Tan solo unos meses antes, la misma Carrà, en *Io, Agata e tu*, había sido obligada a bailar con una versión ligeramente más fina de las famosas medias negras ultraopacas que durante años mortificaron las piernas de las célebres gemelas Alice y Ellen Kessler, las hermanas mayores alemanas de Raffaella, que diez años antes habían entrado a paso de danza en el imaginario erótico de los italianos.

La revolución que había empezado en octubre de 1970 sigue su camino el otoño siguiente. Vuelve a empezar *Canzonissima* —vamos ya por la novena edición— y, visto el éxito de las temporadas anteriores, ahí tenemos otra vez a la pareja triunfadora: Corrado y Raffaella (acompañados de Alighiero Noschese, que echa una mano con sus célebres imitaciones). La sintonía es bonita, alegre,ailable:

*Quién sabe si va, quién sabe si va,
quién sabe si va, va, va.
Claro que sí, claro que va.
Claro que va, va, va.*

Pero esto es solo el aperitivo. El plato fuerte llega en el sexto programa, el 13 de noviembre, cuando Raffaella y el bailarín y coreógrafo Enzo Paolo Turchi bailan el «Tuca Tuca», una canción de *swing* —escrita por Gianni Boncompagni y Franco Pisano, con coreografía de Don Lurio— en la que los dos bailarines están el uno frente al otro, moviendo las caderas con picardía. Es ella quien toma la iniciativa cantando:

Me gustas, ah-ah.
Me gustas, ah-ah-ah.
Me gustas tanto, tanto, ah.
Es increíble, pero me derrito por ti.

Y mientras tanto se agacha hasta casi postrarse a sus pies, y luego vuelve a subir poco a poco con las manos tendidas, como si quisiese agarrarse, acariciándolo en los lugares más impensados. En realidad, tan solo roza sus rodillas, caderas, hombros y cabeza, nada especialmente escandaloso, pero todo sabiamente alusivo. Luego le toca a él repetir los mismos movimientos, y así siguen, turnándose en una competición desenfrenada e impúdica que a la moral pública de la época no puede, sino parecerle de una desvergüenza inusitada. Además, los encuadres fijos de la segunda cámara habrían podido inducir al error a los telespectadores, llevándolos a creer que el bailarín no se estaba limitando a rozar las caderas de la pareja, sino otras partes «prohibidísimas» de la vedete rubia. Para evitarlo, Turchi y la Carrà se ven obligados a ejecutar la coreografía casi completamente girados, en una postura incomodísima que hace que corran el riesgo de caer cada vez que se arquean hacia atrás.

Pese a tan picante precaución, esta vez no hay italiano que pueda hacer la vista gorda ante el ombligo de la Carrà. Estalla el escándalo. El Vaticano salta al ruedo con unos encendidos editoriales en *L'Osservatore Romano*, el periódico de la Santa Sede, pidiendo sin rodeos la retirada de semejante vergüenza de las pantallas patrias. Y los directivos de la RAI obedecen sin rechistar. Pero Raffaella no está por la labor. No se echa a la calle, no lanza eslóganes ni levanta los puños. Su reacción es mucho más sorprendente: invita a Alberto Sordi a bailar con ella el «Tuca Tuca». No invita a un *hippie* de pelo largo; invita al mito nacional por excelencia, al arquetipo inmortal del italiano medio, a la personificación de sus incurables vicios y sus inconstantes y pequeñas virtudes.

Ella lleva el mismo top de siempre con el ombligo fuera, aunque esta vez va de negro, en vez de blanco, y muestra una irresistible sonrisa seductora. Él encarna a todos los hombres de Italia a los que les gustaría estar ahí, bailando con la Carrà, aunque no tengan ni idea de mover el esqueleto y dancen como ositos torpes, dando saltos como tímidos adolescentes con las hormonas revolucionadas. El «Tuca Tuca» sale triunfante y legitimado, junto con el ombligo de Raffaella y una idea de levedad y de libertad que abrirá las puertas a una auténtica revolución en las costumbres de los italianos. E incluso más allá, si nos hacemos eco de *The Guardian*, el prestigioso periódico inglés, que hace poco definió a Raffaella Carrà como «la estrella del pop que enseñó a Europa las alegrías del sexo».

El «Tuca Tuca» es un baile ingenuamente revolucionario, alegre y provocador. Apto para todos los gustos. Todos lo adoran y todos se sienten reconocidos porque no hace otra cosa que transmitir un gran sentido de la libertad, un rechazo natural, instintivo y contagioso a todo tipo de cadenas y prohibiciones. La idea de seducción que lo inspira no es nada agresiva, y no está vinculada a ninguna ideología o manifiesto programático. El eros es juego, es levedad, sugiere la canción, y el «me gustas, me gustas, me gustas» es el ábrete sésamo de la diversión. Raffaella lo acabará bailando en una infinidad de ocasiones —por ejemplo, por poner algún nombre, con Gianni Morandi, con Patty Pravo o con el mismísimo Vittorio Sgarbi— hasta llegar, en *A raccontare comincia tu*, su último programa, a la versión «para mayores»,ailable en el sofá de casa, que puso en escena con Fiorrello. En 2010, el «Tuca Tuca» hasta entró en el *Libro Guinness de los récords* con un gran encuentro organizado en la playa de Bellaria-Igea Marina (la misma donde la Carrà veraneaba de joven) en el que participaron cuatrocientos noventa bailarines, tanto profesionales como aficionados, que rindieron homenaje con muchísima pasión al corte bob más famoso de Italia.

Raffaella se encontró así convertida en un símbolo, en el poderoso catalizador de un histórico cambio social y antropo-

lógico, en la portavoz de una revolución radical, pero pacífica, sacada adelante sin gritos ni amenazas. Una revolución profunda hecha a ritmo de danza. Sí, no cabe duda, Emma Goldman habría estado encantada con la Carrà. Y a lo mejor incluso Platón, cuando escribía: «Antes de pensar en cambiar el mundo, hacer revoluciones, redactar nuevas constituciones o establecer un nuevo orden, descendad a las profundidades de vuestro corazón, permitid que en él reinen el orden, la armonía y la paz. Y solo después buscad almas afines y pasad a la acción».

¿Os parece una cháchara de filósofo difícil de llevar a la práctica? ¡Pues no! Basta con ir poco a poco, estableciendo las prioridades correctas en cada caso: antes que nada, *descended hacia vuestro corazón*, ya que es ahí donde todo empieza. Y es también ahí desde donde se puede volver a empezar, incluso en los peores momentos, sintonizando de nuevo con aquello que está en el centro, en el origen de todo lo que somos, defectos incluidos. Porque el objetivo no es la perfección, sino el movimiento, el cambio, la alegría de vivir, un deseo de bailar que no conoce obstáculos, capaz de convertirse en el antídoto más poderoso contra el paso del tiempo.